

Peter Matthiessen

EL LEOPARDO DE LAS NIEVES



El Ojo del Tiempo Siruela

PETER MATTHIESSEN

**EL LEOPARDO
DE LAS NIEVES**

Traducción del inglés de
José Luis López Muñoz

 **Siruela**

El Ojo del Tiempo

Créditos

Edición en formato digital: junio de 2022

Título original: The Snow Leopard

En cubierta: fotografía de © Abeselom Zerit/Shutterstock.com

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

© Peter Matthiessen, 1978

Primera edición publicada por

Chatto & Windus Ltd., 1979

© De la traducción, José Luis López Muñoz

© Ediciones Siruela, S. A., 2015

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-28-6

Índice

Mapa de la meseta del Tíbet

Mapa de la tierra de Dolpo

Dedicatoria

Cita

Prólogo

HACIA EL OESTE

HACIA EL NORTE

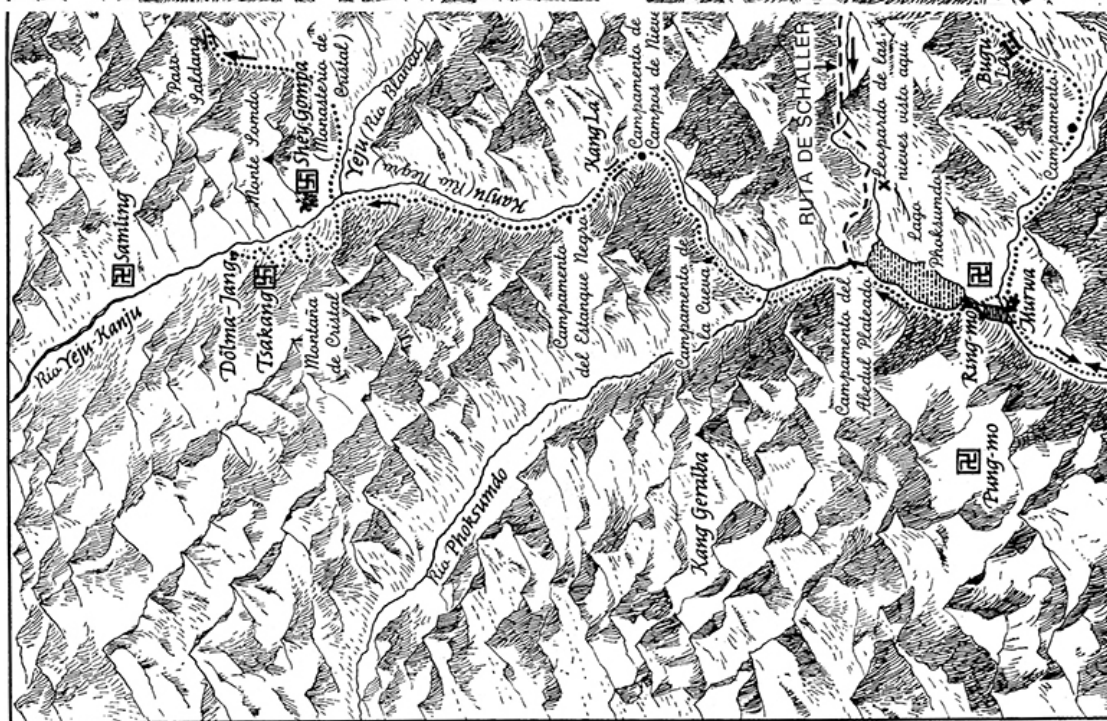
EN LA MONTAÑA DE CRISTAL

CAMINO DE CASA

Nota de agradecimiento

Notas

EL LEOPARDO DE LAS NIEVES



*Para el roshi Nakagawa Soen,
el roshi Shimano Eido
y el roshi Taizan Maezumi*

*GASSHO
con gratitud,
afecto y respeto*

«Ese es, a fin de cuentas, el único valor que se nos pide: tenerlo para lo más extraño, lo más singular y lo más inexplicable que podamos encontrar. La cobardía de la humanidad en ese sentido ha hecho a la vida perjuicios sin cuento; las experiencias a las que se califica de “visiones”, todo aquello a lo que se llama el “mundo del espíritu”, la muerte y todas esas cosas con las que estamos tan íntimamente ligados se han alejado hasta tal punto de la vida, por el procedimiento de eludirlas día tras día, que los sentidos con los que podríamos haberlas captado se han atrofiado. Y no digamos nada de Dios».

RAINER MARIA RILKE

Prólogo



A finales de septiembre de 1973 emprendí con GS un viaje a la Montaña de Cristal, caminando primero hacia el oeste bajo el Annapurna, después hacia el norte siguiendo el curso del río Kali Gandaki y luego otra vez hacia el oeste y el norte, rodeando las cumbres de Dhaulagiri y a través de Kanjiroba, hasta la tierra de Dolpo, en la meseta del Tíbet, con un recorrido total de cerca de 400 kilómetros.

GS es George Schaller, el zoólogo. Lo había conocido en 1969 en la llanura del Serengeti, en África oriental, cuando trabajaba en su celebrado estudio sobre el león.¹ Cuando volví a verlo en Nueva York, durante la primavera de 1972, había comenzado un estudio sobre ovejas y cabras salvajes y sus parientes cercanos, las cabras antílopes. Quiso saber si me gustaría acompañarlo al año siguiente en una expedición al noroeste de Nepal, cerca de la frontera del Tíbet, para estudiar el baral, o carnero azul himalayo; GS tenía la impresión, que se proponía confirmar, de que este extraño «carnero» de las grandes alturas era en realidad más cabra que carnero, y quizá muy próximo al antecesor arquetípico de ambos. Viajaríamos en otoño para observar a los animales cuando estuvieran en celo, ya que comer y dormir, sus ocupaciones habituales durante el resto del año, no proporcionan prácticamente ninguna pista sobre su evolución y comportamiento desde el punto de vista comparativo. Cerca de Shey Gompa, el Monasterio de

Cristal, donde los lamas budistas han prohibido que se los moleste, se aseguraba que había carneros azules en abundancia y que se los observaba sin dificultad. Y donde hay muchos baral, es inevitable que aparezca el menos frecuente y el más hermoso de los grandes felinos, el leopardo de las nieves. GS sabía solo de dos occidentales — él, uno de ellos— que hubieran visto al leopardo de las nieves himalayo en los últimos veinticinco años; la esperanza de vislumbrar este animal casi mítico en las montañas de las nieves eternas era justificación suficiente para el viaje.

Doce años atrás, durante una visita a Nepal, tuve ocasión de ver, en el norte, las asombrosas cumbres nevadas del Himalaya; reducir aquella distancia, recorrer paso a paso la mayor cordillera de la Tierra hasta un lugar llamado la Montaña de Cristal, era una verdadera peregrinación, un viaje de descubrimiento interior. Desde la usurpación del Tíbet por los chinos, la tierra de Dolpo, todavía hoy prácticamente desconocida para los occidentales, está considerada como el último enclave de la cultura tibetana en estado puro, y la cultura tibetana es el último reducto de «todo lo que anhela la humanidad de hoy, porque se ha perdido, o porque no se ha conseguido o porque está en peligro de desaparecer: la estabilidad de una tradición que tiene sus raíces no solo en un pasado histórico o cultural, sino en la más profunda interioridad del hombre...»². Diecisiete años antes, el lama de Shey, el más venerado de todos los *rinpoches*, los «inapreciables» de Dolpo, no había abandonado su retiro cuando un erudito de las religiones tibetanas³ alcanzó el Monasterio de Cristal, pero sin duda nosotros tendríamos más suerte.

De camino hacia Nepal me detuve en Benarés, la ciudad sagrada del Ganges, y visité los santuarios budistas de

Bodh Gaya y Sarnath. En la época del monzón, a mediados de septiembre, el calor pardo de la India era espantoso y, después de unos días en la llanura del Ganges, me alegré de volar hacia el norte, hasta Katmandú, en las verdes estribaciones de la muralla himalaya. Era un día claro y, entre los capiteles de los templos y las pagodas de muchos pisos, volaban cometas negras y rojas, agitadas por el viento. El aire seco a 1.200 metros de altura suponía un gran alivio después de la humedad de la India, pero hacia el norte las cumbres quedaban ocultas por las compactas nubes del monzón, y a la caída de la tarde ya había comenzado a llover.

Encontré a GS en el hotel. Hacía más de un año que no nos veíamos, y nos habíamos escrito por última vez a mediados de verano, por lo que se tranquilizó mucho al verme aparecer sin contratiempos. Durante las dos horas que siguieron conversamos con tanta intensidad que después me pregunté si aún nos quedaría algo de qué hablar durante los meses venideros, puesto que no tendríamos más compañía que la que nos hiciéramos el uno al otro y no nos conocíamos demasiado bien. (De GS yo había escrito anteriormente que «es un hombre resuelto, difícil de conocer» y «pragmático estricto, incapaz de disimular su impaciencia cuando tropieza con actitudes poco científicas; se enfrenta a casi todo con gran rigor». También lo describía como un «joven enjuto y decidido»,⁴ y ahora lo encontraba más enjuto y decidido que nunca).

En Katmandú había llovido casi sin interrupción durante los tres últimos días. GS estaba ansioso de ponerse en camino, no solo porque aborrece las ciudades, sino porque el invierno llega pronto al Himalaya, y las lluvias del monzón se transformarían en copiosas nevadas en los pasos de montaña que teníamos que cruzar para llegar a

nuestra meta. (Más adelante supimos que las lluvias de aquel octubre habían establecido un nuevo récord). Meses atrás GS había solicitado un permiso para entrar en Dolpo, pero solo ahora, el último día, se concedían los permisos. Escribimos las últimas cartas y las echamos al correo; al sitio donde íbamos no llegaba la correspondencia. Abandonamos toda impedimenta y ropa que no fuera estrictamente necesaria y cambiamos los cheques de viaje por sucios fajos de billetes pequeños, porque los de más valor no circulan entre los montañeses. Con ayuda de nuestros *sherpas* empaquetamos tiendas y utensilios de cocina y regateamos para conseguir suministros de última hora en la confusión oriental del mercado de Asan, donde en 1961 yo había comprado un pequeño Buda de bronce atacado de cardenillo. Mi mujer y yo nos disponíamos a estudiar el budismo zen, y elegí el Buda de bronce verde de Katmandú para instalar un altarcito en la habitación del hospital de Nueva York donde el año pasado, en invierno, Deborah murió de cáncer.

A primera hora del día 26 de septiembre, en medio de una fuerte lluvia, con un chófer, dos *sherpas* y toda la equipación de la expedición, nos apretujamos en el Land-Rover que iba a conducirnos hasta Pokhara; otros dos *sherpas* y cinco porteadores tamang llegarían en autobús al día siguiente, a tiempo para salir de Pokhara el 28. Pero todas las llegadas y salidas eran dudosas; llovía sin descanso desde hacía treinta horas. Con un tiempo tan desastroso el viaje estaba haciéndose irreal, y, en el hotel, la cálida sonrisa de una guapa turista junto al mostrador de recepción me desconcertó; ¿adónde me imaginaba que iba? ¿Adónde y por qué?

Desde Katmandú hay una carretera, a través del país de los gorkhas, que lleva a Pokhara, en las estribaciones

centrales del Himalaya; más hacia el oeste no existen carreteras. La que recorriamos serpenteaba por los escarpados desfiladeros del río Trisuli, convertido en torrentera; sucias cabrillas llenaban los rápidos, y los estruendosos desprendimientos de rocas desde las paredes del barranco espesaban de cuando en cuando la crecida de color marrón. Las piedras caían con frecuencia sobre la carretera: el conductor esperaba que volviera la calma y luego sorteaba como podía los obstáculos mientras todos los demás contemplábamos las enormes rocas en equilibrio inestable por encima de nuestras cabezas. Sobre un fondo de montañas bañadas por la lluvia pasó un grupo de figuras cubiertas que llevaban un cadáver, y su aparición despertó un vago presagio inquietante.

Después de mediodía amainó la lluvia, y el Land-Rover entró en Pokhara envuelto en un rayo de luz tormentosa. Al día siguiente había una húmeda luz de sol y cambiantes cielos meridionales, pero hacia el norte no se veía del Himalaya más que un denso tumulto de grises arremolinados. Al anochecer, garcetas blancas aleteaban a través de nubes muy bajas, ahora negras de lluvia; había llegado la oscuridad a la tierra. Más tarde, seis kilómetros por encima de las calles embarradas, en un punto tan alto que parecía suspendido sobre nuestras cabezas, brilló una blancura luminosa: la luz de las nieves. Los glaciares aparecían y desaparecían entre los grises, el cielo se abrió y el cono nevado del Machapuchare brilló como el chapitel de un reino superior.

Por la noche se reunieron las estrellas y el enorme fantasma del Machapuchare irradiaba luz, pese a la ausencia de luna. En el establo donde descansábamos, detrás de algo semejante a una posada, había mosquitos. Mi amigo, dormido, gritó en sueños. Intranquilo, me

levanté al romper el día y vi tres cumbres del macizo del Annapurna, que sobresalían por encima de delicadas nubes bajas. Había llegado el día de iniciar la marcha hacia el noroeste.

HACIA EL OESTE



«Al igual que, en armonía con el cielo y con la tierra, una blanca nube de verano flota libremente, siguiendo de horizonte a horizonte, en el firmamento azul, el soplo de la atmósfera, el peregrino se abandona al soplo de la vida superior que... lo conduce, más allá del último horizonte, hacia una meta que ya está presente en su interior aunque todavía permanezca oculta a su mirada».

LAMA GOVINDA
El camino de las nubes blancas

«Todas las demás criaturas miran hacia la tierra, pero al hombre se le dio un rostro para alzar los ojos a las estrellas y contemplar el cielo».

OVIDIO
Metamorfosis

28 de septiembre

Al amanecer, la pequeña expedición se reúne bajo una higuera gigante más allá de Pokhara: dos *sahibs* blancos, cuatro *sherpas* y catorce porteadores. Los *sherpas* pertenecen a una tribu de Nepal nororiental, cerca de Namche Bazaar, famosa por proporcionar acompañantes a quienes ascienden a las grandes cumbres; se trata de pastores budistas que bajaron en siglos recientes del Tíbet oriental —*sherpas* es la palabra tibetana para «oriental»— y su lengua, cultura y apariencia reflejan su origen tibetano. Uno de los porteadores también es *sherpa*, y otros dos son refugiados tibetanos; el resto, mezcla de arios y mongoles. Los porteadores recogen los altos cestos de mimbre: casi todos van descalzos, con pantalones cortos o con los calzones de la India, muy amplios a la altura de las caderas pero tan estrechos en las pantorrillas como pantalones de montar, y llevan variopintos chalecos viejos, chales y cubrecabezas. Además de su comida y de sus mantas, los porteadores transportan una carga hasta de casi cuarenta kilos que se sujetan a la espalda, muy inclinada, mediante una correa que pasan por la frente, y siempre, antes de empezar cualquier viaje por estas montañas, hacen pruebas y se quejan del peso, al mismo tiempo que regatean a grandes voces. Los porteadores son,

en general, hombres de la zona sin ocupación precisa y de humor cambiante, con fama de crear problemas. Pero también es cierto que su trabajo es muy duro y está muy mal pagado: alrededor de un dólar diario. Por regla general no se alejan de casa más de una semana de camino con cualquier expedición, momento en que hay que sustituirlos por otros, con lo que las probaturas y las quejas recomienzan. Hasta que los catorce porteadores se dejan convencer y la andrajosa hilera se pone en camino hacia occidente, pasan casi dos horas y empiezan ya a congregarse las nubes.

Nos alegra marcharnos. Lo hacemos con satisfacción. Las afueras de Pokhara podrían ser los arrabales de cualquier ciudad tropical: niños inexpresivos, adultos apáticos, perros lisiados y pollos esqueléticos entre una confusión de chozas hundidas, escombros, barro, malas hierbas, cunetas con agua estancada, desagradables olores dulzones, trozos de plástico de colores brillantes y peladuras de frutas en espera del cerdo carroñero; a falta de mejores alimentos, tanto los cerdos como los perros consumen los excrementos humanos que abundan por todas partes al lado del camino. Cuando el tiempo es bueno, todo esto resulta tolerable, pero ahora, en este poso final de la estación de las lluvias, el fango de la vida parece filtrarse en la piel cetrina de estos seres flaquísimos que se acucillan y se enjabonan y que cada mañana escurren la ropa que llevan en los charcos de la lluvia.

Ojos castaños nos observan mientras pasamos. Al enfrentarse con el sufrimiento de Asia, no es posible mirar, pero tampoco es posible volverle la espalda. En la India el dolor parece tan omnipresente que solo se advierten detalles sueltos, como una pierna deforme o la ausencia de un ojo, un perro paria enfermo que come hierba agostada,

una anciana que se levanta el sari para mover el vientre apergaminado junto al camino. Sin embargo, en Benarés persiste un apego a la vida desaparecido ya en ciudades como Calcuta, que parecen resignadas a los moribundos y a los muertos en las cunetas. Shiva baila en los alimentos con muchas especias, en los jubilosos timbres de las bicicletas, en las coléricas bocinas de los autobuses, en el parloteo de los monos de los templos, en el lunar bermellón que las mujeres llevan en la frente e incluso en el olor a carne humana carbonizada que se extiende por las escaleras a orillas del río. La gente sonríe: ese es el mayor milagro. En Benarés, en medio del calor y del hedor y de los chillidos, mientras en el ardiente amanecer las golondrinas vuelan como espíritus viajeros sobre el enorme río silencioso, se nos alegra el alma con la sonrisa de una niña ciega a quien alguien lleva de la mano, de un caballero hindú de turbante blanco que contempla con benevolencia al conductor de autobús que lo insulta, de una pausada anciana que vierte agua bendita del Ganges, el río, sobre un elefante de piedra embadurnado de rojo.

Cerca de donde arden las piras funerarias y de la industria de la muerte, un palacio, a la orilla del río, está decorado con enormes tigres, cuyas rayas son semejantes a las de los bastones de caramelo.

Sin duda, Benarés es la meta de este anciano hindú que encontramos a las afueras de Pokhara, dentro de un cesto suspendido de dos varas que descansan sobre los hombros de cuatro sirvientes; se trata, por lo que parece, de su última peregrinación al Ganges, el río madre, a los oscuros templos próximos a los sitios donde arden las piras, a las hosterías donde el peregrino espera el momento de incorporarse al grupo de cadáveres amortajados de blanco junto a la orilla del río, para seguir después esperando a

que lo coloquen sobre las piras: los encargados devuelven al fuego un pie amarillento o un codo arrugado; luego separan los restos carbonizados de la plataforma en llamas para arrojarlos a la rápida corriente del río. Y aún quedan sobras suficientes para mantener con vida a los esqueléticos perros de cabeza alargada que nunca están muy lejos de las cenizas, mientras las vacas sagradas — grandes criaturas blancas y silenciosas— devoran las tiras de paja que sujetaban a las parihuelas el cuerpo gastado.

El anciano ha sido devorado desde dentro. Esa mirada suya, ciega y avarienta, ese aspecto socavado y el movimiento de la boca descubren quién habita ahora en él, quién mira desde su interior.

Saludo a la muerte que pasa, notando el ruido de mis pies sobre el camino. El anciano está perdido en un mundo de sombras y no responde.

Gris camino junto al río, cielo gris. De una roca a otra del torrente revolotea un doradillo o aguzanieves.

Caminantes: una mujer de aspecto delicado lleva una canasta de pececillos plateados, y otra se hunde bajo el peso de un cesto, lleno de piedras, que pone en ridículo mi macuto; otras mujeres de Pokhara machacarán sus piedras hasta convertirlas en grava, parte del trabajo de innumerables manos morenas que pavimentarán una nueva carretera hacia el sur, hacia la India.

Atravesando un rayo de sol avanza un grupo de mujeres magar con chales de color escarlata; de la ventanilla izquierda de la nariz les cuelga un pesado adorno de bronce. Para disfrutar del nuevo sol después de la lluvia, un gallo de roja cresta trepa rápidamente al techo de esteras de una choza al borde del camino y una niña empieza a cantar a trompicones. La luz ilumina las blancas cumbres del Annapurna, que avanzan bajo el cielo, parte de la gran

muralla que se extiende a oriente y occidente por espacio de casi 3.000 kilómetros, la cordillera del Himalaya: la *alaya* (morada o casa) de *hima* (la nieve).

Hibiscus, franchipaniero, buganvilla: vistas bajo los picos nevados estas plantas tropicales se convierten en flores de paisajes heroicos. Los macacos corretean por un prado verde y un pichón volteador de color turquesa gira envuelto en luz dorada. Drongos, pichones volteadores, barbudos y el buitre blanco egipcio son las aves más corrientes, y todas tienen parientes próximos en África oriental, donde GS y yo nos conocimos; mi compañero se pregunta cómo reaccionaría este buitre si encontrase el huevo de un avestruz, que era también un ave común en Asia durante el pleistoceno. En África se sabe que el buitre egipcio es una especie que utiliza herramientas, debido a su destreza para quebrar los grandes huevos de los avestruces lanzándoles piedras con el pico.

Hasta hace muy poco estas tierras bajas del Nepal eran bosques de sal (*Shorea robusta*), una planta perenne de hoja ancha, y en ellos vivían el elefante, el tigre y el gran rinoceronte indio. Las talas y la caza furtiva han acabado con esos animales; a excepción de unos pocos refugios como el valle de Rapti, hacia el sudoeste, la huella bendita de los elefantes ha desaparecido. En India central se vio al último guepardo salvaje en 1952; del león asiático solo queda un pequeño grupo en el bosque Gir, al noroeste de Bombay, y el tigre se está convirtiendo en leyenda en casi todas partes. Sobre todo en la India y en Pakistán los ungulados desaparecen a gran velocidad, debido a la destrucción de su hábitat por la agricultura de subsistencia, la tala excesiva de los bosques, el apacentamiento de famélicas hordas de animales domésticos, la erosión y las inundaciones: todo el

catastrófico ciclo de perturbaciones que acompañan a la superpoblación. En Asia, más que en ningún otro sitio del planeta, es imprescindible crear de inmediato santuarios para la fauna salvaje, antes de que desaparezcan los últimos ejemplares. Como ha escrito GS: «El hombre cambia el mundo tan deprisa y de manera tan drástica que la mayoría de los animales no pueden adaptarse a la nueva situación. En el Himalaya, como en otros sitios, hay una gran mortandad, y una mortandad infinitamente más triste que las extinciones del pleistoceno, porque ahora el hombre posee los conocimientos para impedirla y necesita salvar los restos de su pasado».⁵

El camino que sigue la orilla del río Yamdi es una importante ruta comercial que atraviesa arrozales y aldeas mientras se dirige hacia occidente y hacia el río Kali Gandaki, donde gira hacia el norte, para llegar a Mustang y al Tíbet. En los verdes recintos cercados de las aldeas, en los que abundan los banianos o higueras gigantes de Bengala y los viejos estanques y muros de piedra, la hierba se mantiene podada a altura de césped gracias a los búfalos de la India y a otros rumiantes; el agua corriente y la suavidad de las sombras les dan armonía de parques. Estos aldeanos son más pobres incluso que los habitantes de Pokhara, pero su economía ancestral les ha librado de la miseria moderna: se entiende que muchos pensadores, desde Lao tse hasta Gandhi, hayan elogiado la aldea como ámbito natural de la felicidad humana. Los niños juegan bajo la tibieza del sol mientras las mujeres golpean la ropa contra las piedras en la fuente de la aldea o machacan grano en morteros de piedra; de todas partes llega el tranquilizador olor del estiércol, el cacareo de las gallinas y las bocanadas de humo que producen los hogares casi a ras

de tierra. En patios muy limpios, detrás de sólidas vallas, las chozas de arcilla son de un cálido color ocre, con tejados de paja, alféizares y postigos tallados a mano y matas de calabaza convertidas en enredaderas de flores amarillas. El maíz se conserva en pesebres estrechos y el arroz se extiende para secarlo sobre anchas esteras de paja; entre los papayos y las higueras de Bengala, cuelgan grandes arañas pausadas recortadas contra el cielo.

Un canal, cubierto de cuando en cuando por losas de granito de más de dos metros, atraviesa una aldea, discurriendo lentamente sobre cantos relucientes. Es mediodía, el sol derrite el aire y nos sentamos a la sombra sobre un murete de piedra. Junto al canal está la casa de té, una sencilla choza abierta por delante con bancos improvisados y un horno de arcilla, con forma de montículo redondo, sobre un suelo también de arcilla. El montículo tiene un orificio lateral para introducir ramitas y dos agujeros en lo alto para hervir agua, que luego se vierte sobre un colador con polvo barato de té y cae en un vaso que contiene azúcar morena y leche de búfala. Acompañando a este *chiya*, comemos pan y un pepino mientras los niños que juegan sobre las piedras relucientes fingen rociarnos de agua y una paloma torcaz se balancea sobre una alta caña de bambú.

Uno a uno llegan los porteadores, girándose para dejar la carga sobre el muro. Uno de ellos, de expresión tímida y sonrisa infantil, que parece demasiado frágil para el peso que lleva, hace música con un peine y una hoja de higuera. «Mucho caliente», dice otro, sonriendo. Es el porteador *sherpa*, Tukten, un hombrecillo enjuto y fuerte, de ojos mongoles, orejas demasiado grandes y sonrisa desconcertante; me pregunto por qué es porteador este *sherpa*.

Reanudo la marcha antes que los demás y disfruto de la fresca brisa del valle. Entre la transparente luz de septiembre y la sombra de las montañas —las estribaciones, cada vez más empinadas, se acercan a medida que el valle se estrecha, por lo que dejan de verse los picos nevados del norte— el camino sigue un dique que separa el canal lleno de juncos de las verdes terrazas plantadas de arroz que descenden en escalones hasta las orillas del río. Al otro lado del canal, más terrazas ascienden hasta las crestas de las altas colinas y el cielo azul.

Junto a un muro para descansar se plantaron hace mucho tiempo dos especies distintas de higueras: una es el baniano o higuera de Bengala (*Ficus indica*) y la otra, la higuera de las pagodas (*Ficus religiosa*), árboles sagrados tanto para hindúes como para budistas. Entre las raíces apuntaladas se han colocado flores silvestres y piedras pintadas que dan buena suerte al viajero, y alrededor de los troncos hay unas plataformas de piedra para que el caminante que busca la sombra dé un paso atrás y apoye la carga mientras permanece casi completamente erguido. Estos lugares de descanso se encuentran por todas partes a lo largo de las rutas comerciales, y algunos de ellos son tan antiguos que los grandes árboles murieron hace mucho tiempo, dejando dos agujeros redondos en una plataforma ovalada hecha de cantería. Al igual que las casas de té y las anchas pasaderas de las colinas, los muros para descansar otorgan beatitud a este paisaje, como si hubiéramos llegado sin saberlo a un país perdido de una edad dorada.

Mientras espero a la fila de porteadores, que serpentea entre los arrozales, me siento en la parte más alta del muro, con los pies en el escalón sobre el que se coloca la carga, la espalda apoyada en un árbol. Bajo el sol y la brisa

transparente que desciende de las montañas, dos vacas negras trillan arroz, los flancos resplandecientes a la luz de la tarde. Primero se deseca el arrozal y se cortan las plantas con la hoz; después, los animales, uncidos al yugo y atados con una cuerda larga a una estaca clavada en el centro del campo, van dando vueltas y más vueltas en círculos que disminuyen lentamente, mientras los niños tiran tallos bajo sus pezuñas. Luego se avienta el arroz y el grano que queda en el suelo se recoge en cestos para llevarlo a la casa y seleccionarlo. Las libélulas color de fuego en el aire de comienzos del otoño, las espaldas dobladas de intenso color rojo o amarillo, el brillo del ganado negro y de los rastros de trigo, el verde jugoso de los arrozales y el río resplandeciente: todo envuelto en una luz inmortal, como plata transparente.

A través del aire límpido y en ausencia de todo ruido, hasta de la maquinaria más sencilla —porque la senda es, con frecuencia, tortuosa y empinada y atraviesa demasiados cursos de agua para permitir el paso de bicicletas—, en la tibieza y la armonía y la abundancia aparente llegan a mis oídos susurros de una edad paradisiaca. Al parecer, el bosquecillo de sal llamado Lumbini, tan solo a unos 50 kilómetros al sur de este mismo árbol, en tierras feraces al norte del río Rapti, ha cambiado muy poco desde el siglo VI a. C., cuando Sidarta Gautama nació en el seno de un poderoso clan de la tribu sakya, en un reino de elefantes y tigres. Gautama renunció a una vida de comodidad para convertirse en un mendigo santo o «itinerante», práctica común en la India septentrional hasta el día de hoy. Más tarde se le conoció como Sakiamuni (el santo de los sakya) y posteriormente como Buda, el Iluminado. Higueras y humo de fuegos campesinos, césped y ganado escuálido, garcetas blancas y